

**De las armas a las urnas.
El separatismo popular quebequense (1963 – 1970)***

Carlos Alberto Murgueitio Manrique**

Resumen

Este artículo busca exponer las características fundantes del nacionalismo separatista quebequés, tanto en lo referente a su especificidad cultural como en sus reclamos políticos y económicos frente el resto de la Confederación canadiense. Además, busca analizar los acontecimientos relacionados con el uso de la violencia con fines y justificaciones políticas que caracterizaron al separatismo en la provincia de Québec durante la década de 1960.

Palabras Clave: Québec, lucha armada, años 60's, autodeterminación nacional, democratización.

Abstract

This article exposes the fundamental characteristics of Quebec's separatist nationalism, in what refers to their cultural specificity as to their political and economical reclaims confronting the rest of the Canadian Confederation. Besides, it looks to analyze the events related to the use of violence with political objectives and justifications that characterized separatism in Quebec province during the sixties.

Key words : Quebec, armed struggle, years 60's, national self-determination, democratization.

De las armas a las urnas. El separatismo popular quebequense (1963 – 1970).

Los caminos de la independencia política a lo largo de la historia de los estados modernos tanto americanos como del antiguo mundo colonial (Asia y África), fueron trazados a través de procesos de larga duración que implicaron la puesta en juego de diversos mecanismos. El recurso de las armas parece haber servido en gran parte de los casos como una estrategia política y publicitaria que pretendía convocar a las masas a declarar una insurrección general contra las potencias ocupantes, hacerles ver a los nativos por medio de actos de sabotaje y de inspiración simbólica la posibilidad de generar presión frente a las autoridades

* Artículo tipo 2: de Reflexión. Según clasificación de Colciencias

** Politólogo Universidad de los Andes, Bogotá. Master en Historia Contemporánea de América, Universidad Central de Venezuela, Caracas. Profesor Tiempo Completo Departamento de Historia –Universidad del Valle, Cali. Profesor Hora Cátedra Pontificia Universidad Javeriana Cali. carlosmurgueitio94@yahoo.com

legitimadas por el ocupante, obligándolas a un enfrentamiento militar y político que terminaría destruyendo las instituciones coloniales, la ley y el orden imperante.

Las dos grandes olas independentistas coloniales son identificables fácilmente. La primera se inauguró con la guerra de independencia de los Estados Unidos de América entre 1776 – 1781, seguida por la emancipación haitiana y finalizada con la explosión de la gesta independentista dentro del Imperio Hispanoamericano, entre 1810 – 1826. La segunda oleada independentista colonial incluyó a las poblaciones y territorios dominados por el imperialismo europeo en Asia y África. Este segundo ciclo independentista inició con la emancipación de la India en 1947, y fue seguido por las guerras de liberación colonial en diferentes lugares del mundo que terminaron liquidando al imperialismo formal de Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica y finalmente de Portugal en 1975.

Los actos de subversión pretendían provocar una ola de voz ruidosa que permeará las fronteras coloniales e imperiales y llegara a toda la comunidad internacional en pleno, buscando un apoyo externo, un reclamo de solidaridad para sus objetivos de libertad. La mayoría de las guerras y movimientos independentistas lograron sus objetivos de reivindicación independentista tras largas luchas contra las autoridades imperiales. Sin embargo, en algunos casos como el de Québec, el independentismo estuvo presente en ambos ciclos sin llegar a concretar sus aspiraciones secesionistas.

En el contexto propio de inicios del siglo XIX, el movimiento de los patriotas francocanadienses influenciados por la ola independentista del continente americano buscaron liquidar el imperialismo británico en Canadá para reemplazarlo por instituciones republicanas democráticas sin éxito. Luego, en la dinámica independentista propia de la segunda ola en la era de la segunda posguerra del siglo XX, nuevamente enfocaron sus aspiraciones emancipatorias a través del uso de mecanismos violentos para conseguir la independencia sin alcanzarla. Este saldo negativo de las voluntades independentistas de Québec podría considerarse como un proceso de conformación de un estado nación no terminado, al cual se le han negado los derechos más elementales del principio de autodeterminación nacional.

Pese a que desde la era posterior a la II Guerra Mundial las sociedades occidentales, tanto las democracias europeas como las norteamericanas sufrieron enormes transformaciones tendientes a la defensa e implantación de doctrinas políticas democráticas en sus instituciones, ninguna fue ajena a las amenazas provenientes de la agudización de antagonismos sociales o a reclamos de mayores niveles de autonomía política regional o nacional, en algunos casos deviniéndose esta de carácter secesionista. Durante la década posterior a la guerra, la amenaza provenía de un posible triunfo electoral de los partidos comunistas en Europa apoyados tanto por la debacle económica dejada por la guerra como por la expansión de la Unión Soviética y su esfera de influencia continental.

Gracias a la efectividad de los mecanismos de contención puestos en marcha por las nuevas instituciones internacionales y por la lluvia de capitales provenientes de los Estados Unidos, las economías europeas lograron evitar el brote revolucionario y afianzar el poder político de los partidos reformistas moderados pactando agendas económicas basadas en los máximos postulados teóricos del estado de bienestar. La recuperación determinó un crecimiento acelerado que permitió la incorporación de la fuerza laboral a nuevos puestos de trabajo acompañados de garantías laborales y una ampliación de las libertades civiles de los ciudadanos.

Sin embargo, pese a que en las antiguas metrópolis europeas se superaban las angustias, en el mundo colonial se emprendían los hostigamientos, las movilizaciones populares y la conformación de milicias independentistas convocadas por los ideales revolucionarios de inspiración maoísta. La experiencia victoriosa de la revolución comunista en China había servido como un modelo ideal para los habitantes de los territorios coloniales, que con el fin de determinar el futuro político de sus naciones optaron por la lucha armada desde la década de 1950 hasta la de 1970, dando como resultado el desplome definitivo de los imperios europeos.

La guerra de baja intensidad o guerra de guerrillas se convirtió en la estrategia armada predilecta y en algunos casos, la única viable, para oponerse militarmente a los ejércitos convencionales de las potencias coloniales. Los sucesivos triunfos de las fuerzas populares indígenas a lo largo y ancho del mundo, desde la península de Indochina y los desiertos del Sahara hasta las islas caribeñas sirvieron de ejemplo para otras experiencias similares. Aún en las mismas fronteras de los estados occidentales se incrementaron los hostigamientos nacionalistas durante este período. En algunos casos, particularmente en España, en el Reino Unido y en Canadá, las minorías culturales representadas tanto por el pueblo vasco, como por el irlandés y el quebequés emprendieron una lucha armada contra las autoridades tradicionales, interpretadas como monárquicas y coloniales.

Estos tres casos representativos de las luchas de liberación nacional al interior de las fronteras de los estados occidentales nos permiten comprender la complejidad de los problemas sociales y las profundidades identitarias de las poblaciones culturales minoritarias insertadas ancestralmente y de forma involuntaria a los mecanismos de dominación nacional de los estados constituidos. La supervivencia del espíritu emancipatorio a lo largo del tiempo representa la seriedad argumentativa de las resistencias, quienes pese a sus desventajas tecnológicas y económicas son capaces de atentar contra el establecimiento, conduciéndolo hacia una negociación política o hacia la zozobra de la guerra permanente.

De los tres casos antes mencionados, sólo el canadiense logró al poco tiempo del alzamiento armado encontrar una salida pacífica. Esto se debe en gran medida a la audacia de las autoridades canadienses de permitir mayores niveles de participación política democrática en la provincia de Québec, tanto con la legalización de los partidos populares separatistas (Parti Québécois), en la

contienda electoral, como a través de mecanismos de referéndum popular consultivo. Es importante aclarar que las autoridades canadienses tuvieron un rango de efectividad impresionante en las detenciones de los militantes del separatismo radical y que esto debilitó a las agrupaciones de jóvenes voluntarios dispuestos a arriesgar sus vidas por la causa nacional. También es justo resaltar que la estrategia armada en Québec dista en gran medida de las de los otros casos en términos de número de víctimas fatales producto de los atentados, en el número de miembros militantes en las organizaciones terroristas y en el menor grado de apoyo popular recibido por la mayoría franco parlante de la sociedad quebequés frente a los nacionalistas irlandeses y vascos.

Desde la crisis política desatada en Canadá por los hechos relacionados con los secuestros de personalidades importantes tanto para el Imperio Británico como para los gobiernos regional y federal y la implementación del Acta de Guerra en la provincia de Québec por el Primer Ministro Pierre Eliot Trudeau en 1970 el separatismo popular se inclinó voluntariamente a desarrollar sus objetivos políticos por vías electorales, utilizando de manera evidente la plataforma organizacional del Parti Québécois y las nuevas condiciones logradas a través de concesiones por la presión romántica de los voluntarios armados durante la década anterior. Desde entonces la lucha política ha continuado, dos referendos son testigos de los logros y la capacidad de expresión ideológica del separatismo popular ha logrado canalizar los ideales de las mayorías pese a la oposición de las demás fuerzas políticas de representación federal o del mismo nacionalismo regional representado por las élites francófonas y los elementos conservadores tradicionales.

Este pequeño artículo busca establecer una contextualización histórica que permita comprender la emergencia del sentimiento nacional francocanadiense desde sus orígenes y para tal fin será necesario remitirse en una primera instancia a la situación que tuvo que encarar la comunidad francófona de Canadá ante el seguro avance de la Gran Bretaña y los Estados Unidos en la consolidación de una cultura anglófona mayoritaria en América del Norte, durante el siglo XIX. La primera parte del artículo rescata los elementos identitarios que definirán la personalidad francocanadiense, (formada a lo largo de un proceso de duración prolongada), especialmente la quebequense a partir de la ruralidad, el catolicismo y el tradicionalismo mental, construido como un escudo, desde el aislamiento cultural y la negociación política, pero mostrando de manera veraz, como el nacionalismo quebequés ha recurrido en reiteradas ocasiones, por lo general en momentos de crisis económica y efervescencia política, a la vía armada como mecanismo de defensa para lograr propósitos autodeterministas y secesionistas.

Si bien este artículo no está construido a partir de una metodología estrictamente comparativa, si puede decirse que implementa ciertas herramientas narrativas que buscan generar una diacronía argumentativa, explicando las formas como los fenómenos sociales y económicos han ido moldeando el espíritu nacional quebequense o francocanadiense a lo largo de la era colonial como parte integrante del Imperio Británico y luego en una segunda instancia, profundizando

en el contexto propio de la década de 1960, resaltando la conformación de un movimiento político de origen popular, complejo y vinculante, representante del separatismo reformista, que emerge de manera simultánea con otros, conformados por pequeños grupos de militantes armados, apoyados por pequeños sectores radicalizados que buscaron en medio de esos años, evidenciar la situación de tensión experimentada en la sociedad quebequesa.

La segunda parte de este escrito pretende darle respuesta a la siguiente pregunta, ¿Cuál fue el proceso político vivido en Québec, para que se diese una la apertura del sistema político canadiense que conllevara a la incorporación del PQ en la participación electoral legal en la provincia de Québec? La respuesta a esta pregunta evidencia la forma como las ampliaciones democráticas terminaron restringiendo los caminos de la violencia política separatista. Para tal fin, se hizo un análisis de las condiciones políticas y sociales propias de la provincia de Québec que contribuyeron a que se formara una milicia separatista armada, denominada FLQ, (Front pour la Libération de Québec), cuyo objetivo radicaba en la búsqueda de la libertad política de la provincia frente a la Confederación Canadiense así como la implantación popular de un modelo económico estatista de inclinación socialista en el nuevo estado quebequés que se pretendía formalizar.

La imposibilidad del FLQ de llegar a concretar sus aspiraciones por la vía de las armas trajo como consecuencia paralela la conformación del Parti Québécois, partido de gran apoyo electoral en la provincia de Québec, que se convirtió desde entonces en una fuerza relevante dentro del sistema político canadiense y aglutinó a las masas populares de la provincia en torno a los reclamos secesionistas y la profundización de las políticas sociales de bienestar, por lo menos hasta la década final del siglo XX, ya que en la actualidad el independentismo ha venido sufriendo una moderación evidente en sus aspiraciones políticas formalizando alianzas con partidos federales de línea conservadora con el fin de buscar espacios burocráticos que le han restado fortaleza a las reivindicaciones secesionistas.

1. Contexto Geohistórico – Québec tras un siglo de la Confederación Canadiense, (1867), a doscientos años de la conquista británica, (1763)

El pueblo franco canadiense, rodeado por una enorme población anglófona en sus fronteras culturales, ha logrado sobrevivir durante doscientos años por medio de la adopción de diversos mecanismos para la defensa de su cultura, evitando tanto la asimilación como el exterminio e implementando una habilidad diplomática para la negociación y en algunos momentos hasta para el enfrentamiento armado. La homogeneidad en el lenguaje, el poder cohesionador de la Iglesia Católica en las creencias y comportamientos sociales y las continuas amenazas provenientes tanto de los indígenas como de los ingleses a través de los 150 años de colonización de Nueva Francia les permitieron desarrollar prematuramente un fuerte espíritu nacional que aun después de la derrota de los franceses se mantuvo y se proyectó hacia el futuro hasta nuestros días.

El inicio del dominio británico sobre Canadá no fue un evento afortunado para la población colonial de origen francés ni para los grupos indígenas que habitaban los territorios de los grandes lagos y del valle del río San Lorenzo. La derrota de la metrópoli francesa en la Guerra de los Siete Años, (1756 – 1763), había sido el producto final de una serie de disputas territoriales y económicas del mercantilismo manejado por ambas coronas quienes competían por ocupar el lugar de preponderante en el dominio del mercado colonial del Nuevo Mundo. Francia, quien deseaba consolidar la posición de gran potencia europea emprendió sus esfuerzos en los campos de batalla continentales, buscando infringirle golpes contundentes a los reinos alemanes aliados de Inglaterra mientras esta concentraba sus baterías en despojar al imperio francés de sus colonias.

La ventaja naval de los ingleses incapacitó a Francia en el envío de materiales bélicos y refuerzos militares a sus colonos de Canadá, pues sus puertos en el Atlántico habían sido destruidos y se mantenían bloqueados permanentemente. De esta manera la suerte estaba echada, las colonias francesas que contaban tan solo con una población de 60.000 individuos esparcidos en un enorme territorio que *“formaba un escudo desde el río San Lorenzo, los grandes lagos y sobre las dos orillas del Mississipi”* (Rioux, 1971, p. 27), tuvieron que hacerle frente, apoyados en sus indígenas aliados, a las fuerzas coloniales e imperiales de Inglaterra. La rendición de Nueva Francia frente a los ingleses trajo *“la decapitación de la clase gobernante del país y la concentración de los franco canadienses en una vida rural y parroquial”* (Dubuc, 1953, p. 21). Las antiguas clases, de gobernantes y gobernados se fundieron para convertirse en una sola casta étnica subordinada al ocupante, a sus autoridades e instituciones político administrativas y a su dominio económico.

Desde la conquista, la administración inglesa buscó aliarse a la Iglesia y a lo que quedó de la antigua aristocracia. La estrategia consistió *“en la creación de una sociedad aristocrática en la cuenca del San Lorenzo, con el fin de dominar a las fuerzas populares y sus aspiraciones republicanas. Apoyados en los tres sectores sociales interesados en mantener la estructura del antiguo orden, los oficiales del ejército inglés y la administración colonial, los terratenientes francocanadienses y la Iglesia Católica, los ingleses consolidarían eficientemente su poder en el Canadá francés”*(Brunet, 1953,p 506). Según Michel Brunet, la poca resistencia de los habitantes francocanadienses y la espontánea sumisión política al inicio de la ocupación inglesa se debe en buena parte al miedo general que propiciaba el nuevo orden. Los sectores conservadores como los ministros de la Iglesia y algunas familias de la aristocracia tradicional que permanecieron en Québec¹ (Rioux, 1971, p. 32), fueron incorporados a la administración y los negocios,

¹ Según algunos académicos, se produjo una considerable reducción de la población ilustrada del Canadá francés tras la conquista. Cerca de 2000 personas pertenecientes a las clases altas de la sociedad, el único grupo que había desarrollado un talento artístico y un alto nivel intelectual, emigraron hacia Francia antes de 1770.

adquiriendo una posición más sólida de la que gozaban bajo las autoridades coloniales francesas.

El reconocimiento legal otorgado por los británicos en 1774, con la promulgación del Acta de Québec permitió a la comunidad cultural francocanadiense la preservación exitosa de las características esenciales de su simbología nacional bajo la ocupación. Tanto la lengua como la religión y la instrumentación legal del código francés fueron garantizadas hábilmente por las autoridades británicas durante los inicios de la revolución colonial en las trece colonias de Nueva Inglaterra. Con estas prerrogativas, los ingleses impidieron oportunamente un posible apoyo militar de los colonos francófonos a las fuerzas insurgentes convocadas por el Primer Congreso Continental en la ciudad de Filadelfia. De esta manera las incursiones de las guerrillas independentistas en el territorio canadiense durante noviembre y diciembre de 1775, fueron repelidas por sus pobladores francófonos y las tropas inglesas en conjunto.

Tras la proclamación de la independencia de los Estados Unidos de América en 1776 y el fin definitivo de las hostilidades en 1781 a partir de la derrota naval de los ingleses en la bahía de Chesapeake, las autoridades coloniales de Inglaterra crearon instituciones para el gobierno de las nuevas provincias fronterizas a la unión americana. En 1791, Inglaterra garantizó un gobierno representativo para los territorios de Canadá, dividiéndolo en dos provincias autónomas, con gobiernos separados y con sus propias características lingüísticas, religiosas y jurídicas específicas. El Bajo Canadá, poblado mayoritariamente por los originales colonizadores franceses, que sumaban el 95% de los habitantes, contó desde ese momento con instituciones coloniales representativas. Les fue otorgado $\frac{3}{4}$ partes de las sillas de la Asamblea Legislativa provincial y una representación minoritaria en los consejos legislativo y ejecutivo.

Este hecho explica, porqué los francocanadienses tendieron a usar el régimen parlamentario para defender los valores étnicos y culturales sobre los principios políticos y económicos durante el siglo XIX. Sin embargo, los argumentos teóricos no se obviaron nunca, según René Gillouin, existió siempre en la sociedad canadiense una pugna ideológica entre las dos diferentes concepciones de democracia, la inglesa, identificada bajo características individualistas liberales pero restringidas, burguesa, anti igualitaria y favorable a la defensa irrestricta de la propiedad privada del capital y de los medios de producción, y la francesa, entendida como un proyecto colectivo o comunitario, de naturaleza autoritaria, de espíritu popular e igualitaria y enfocada hacia la defensa del estado como regulador económico.

La ola independentista tanto en el continente americano como en otras partes del mundo: los Balcanes, la India y la isla de Irlanda desde las primeras décadas del siglo XIX terminó por influenciar también a Canadá en la década de 1830. La economía canadiense, desarrollada en las décadas previas a partir de las demandas correspondientes a las necesidades navales y de materias primas

vitales para la Gran Bretaña durante las guerras napoleónicas² (Fohlen, 1967, pp. 11 – 15). Cayó, tras el final de las guerras, en medio de un contexto de crisis económica que afectó a todos los sectores durante esos años, alcanzando desde el comercio maderero y la industria de astilleros hasta al sector agrícola, evidenciándose en el incremento del desempleo y en la recesión de los precios de las exportaciones.

Las batallas políticas lideradas por Papineau al interior de la Asamblea Nacional de la provincia, apoyado por una mayoría de los escaños controlados por los patriotas francocanadienses, terminaron provocando un conflicto abierto con los poderes controlados por los anglófonos, el Gobernador y Londres. La Resolución Russell, adoptada por el Parlamento Británico en la primavera de 1837, restringía la autonomía de la provincia en el manejo económico del presupuesto público asignado por el Imperio. Como respuesta, los patriotas convocaron la Asamblea de los Seis Condados, en la cual se concretaron los planes para ocupar militarmente al país empleando entre 40.000 a 50.000 hombres para capturar Montreal y Québec de las manos del ejército colonial.

La estrategia militar de los patriotas no logró implementar una guerra de guerrillas que les hubiera asegurado mayores posibilidades a través de tácticas sorpresas de ataques y retiradas que hubiese implicado un desgaste político y material en las filas del ejército convencional. En vez de ocultar a los milicianos en la inmensidad de las regiones boscosas se construyeron campamentos y paradas militares en ambas orillas del río Richelieu, en las poblaciones de Saint Denis, Saint Charles y Saint Eustache. En este último puesto se concentrarían el grueso de los efectivos con planes para tomar Montreal, mientras los ingleses peleaban en la otra orilla del San Lorenzo. Sin embargo, pese a que los patriotas resultaron victoriosos en la batalla de Saint Denis, estos no aprovecharon la ventaja brindada por el triunfo y no siguieron a las compañías del general Gore, permitiéndoles reagruparse y recibir nuevos apoyos.

La revuelta de los patriotas, “*inspirada tanto en la revolución americana como en la revolución francesa*” (Blanchard, 1960, p.298), formaba parte de la cadena de acontecimientos anticoloniales que embarcaron a casi todas las sociedades continentales del hemisferio americano, salvo casos excepcionales. Se sitúa en las décadas posteriores a las victoriosas guerras de independencia del imperio hispanoamericano, de la declaración imperial de Brasil y México, además de la experiencia griega e irlandesa, consideradas como ecos nacionalistas de la revolución francesa. La Declaración de Independencia de Robert Nelson en 1838 no logró imponerse efectivamente y la derrota final de los patriotas

² Es importante recordar que los astilleros canadienses sirvieron como reemplazo para la Royal Navy cuando los principales puertos del mar Báltico y las rutas tradicionales de obtención de madera en el mar del Norte fueron invadidos por Napoleón u obligados a establecer por medio de la presión, un bloqueo continental contra el comercio británico. Canadá no sólo abasteció la enorme demanda de madera para Inglaterra, también tuvo que responder militarmente en apoyo a la metrópoli frente a las nuevas tentativas estadounidenses de invadir los territorios canadienses en 1812.

francocanadienses y sus aliados anglófonos terminó por desmoralizar aún más al pueblo.

La derrota de los patriotas prolongó las relaciones de dominación política y económica de la Gran Bretaña en Canadá y posibilitó la supervivencia de los símbolos monárquicos e imperiales que sirvieron como mecanismo de contención frente a la penetración de las ideas republicanas. Muchos de los antiguos líderes incluido Papineau huyeron hacia los Estados Unidos junto a una nueva ola de emigrantes desencantados con los resultados, dispuestos a no vivir bajo el yugo de los británicos, el pueblo y quienes optaron por continuar desarrollando sus vidas en este contexto volcaron sus miradas hacia las áreas rurales.

Este elemento campesino o parroquial se convirtió en una de las características más relevantes que identificaron al pueblo francocanadiense durante el siglo XIX de los otros pobladores de la América del Norte quienes canalizaban sus aspiraciones a la industrialización, la urbanización y la secularización. La vida campesina les brindó a los francocanadienses el espacio necesario para resguardar sus elementos identitarios determinados por el folclore popular.

Tras la rebelión de los patriotas, el nuevo gobernador Durham llegó a Canadá esperando encontrar un conflicto entre el pueblo y el ejecutivo, sin embargo lo que conoció fue un conflicto entre dos naciones en las fronteras de un mismo estado: encontró una lucha, no de principios, pero de razas³. El remedio propuesto por Durham era simple y superficial, *“sugería que el Bajo Canadá, de mayoría francesa fuese asimilado culturalmente y absorbido territorialmente con el Alto Canadá de mayoría anglófona, fomentando la inmigración de elementos imperiales”* (Wade, 1968, p. 6). Establecer una unidad legal y educativa, fundir las razas y definir el inglés como la única lengua de la Confederación y de la totalidad de Norteamérica.

La resistencia cultural francocanadiense se radicalizaría sumergiéndose en el campo y evadiendo los riesgos de su desaparición por medio del conservadurismo parroquial. Tal y como lo afirma Ouellet reconstruyendo las impresiones consignadas por el Embajador francés en los Estados Unidos M. De Pantois, unas décadas más tarde, *“Canadá tiene una característica sin paralelo en la historia contemporánea: un pueblo exactamente igual a como era hace cien años. El tiempo se ha detenido en relación a estas personas. Las revoluciones que han hecho temblar al mundo no han alterado de ninguna manera sus ideas, sus hábitos e inclusive la conquista no ha dejado una sola marca sobre ellos. Las dos razas no se han mezclado y cada una ha preservado su idioma”* (Olette, 1966, p. 421).

³ El término razas es empleado en este escrito haciendo referencia a las maneras como el gobernador general Durham describió el problema político social existente entre la base poblacional francófona y las autoridades británicas. Sería mucho más pertinente decir culturas o etnias para comprender la problemática en la actualidad.

Entre 1857 y 1858 otra crisis económica amenazó con erosionar la economía del Canadá francófono y de las demás provincias de la Norteamérica Británica. Esta vez, el derrumbe del mercado de valores de Nueva York traspasó las fronteras azotando a Canadá y generando nuevos brotes de enfrentamientos internos. La inestabilidad política logró sortearse en la medida en el gobierno británico adoptó las propuestas confederacionales de George Etienne Cartier y John A. Macdonald, representantes de los principales partidos políticos de las provincias centrales. Los liberales y los conservadores encontraron puntos en común teniendo como base argumental la interdependencia económica y las condiciones geográficas de las provincias. Las propuestas respaldaban la conformación de un mercado común entre las dos secciones, el mantenimiento de las comunicaciones y redes de transporte esenciales que las unían y la construcción de una capital centralizada en la región fronteriza de Ottawa, reservándose la autonomía relacionada con el manejo de las instituciones culturales diferentes.

El estallido de la Guerra Civil en los Estados Unidos en 1861 aumentó las tensiones políticas y los enfrentamientos económicos entre los ejércitos federales del norte (yankees) y el Imperio Británico, pues este se había declarado partidario de los ejércitos de la confederación sureña, proveyéndolos de apoyo militar y de garantías comerciales a cambio de algodón y otras materias primas. La necesidad de consolidar la unión de todas las provincias británicas de Norteamérica se hizo evidente en 1864 cuando el apoyo británico a la propuesta confederacional tomó fuerza durante la Reunión de Charlottetown y la Conferencia de Québec. La materialización plena o puesta en vigencia del nuevo estatuto confederacional se dio el 29 de marzo de 1867, día en que la Reina Victoria firmó la Ley de la América del Norte Británica.

La Constitución de Macdonald de 1867 combatió la tendencia desintegrativa inherente a los sistemas federales otorgándoles mayores poderes a los organismos centralizados en Ottawa. Esas instituciones se ocuparán de designar a toda la rama legislativa del país con excepción de los jueces de paz además de nombrar a los tenientes gobernadores, (jefes oficiales del ejecutivo en todas las provincias), y de contar con el veto del gabinete federal contra cualquier ley provincial. De esta manera, pese a que Québec garantizó la supervivencia de la unicidad cultural del pueblo francocanadiense, el poder de las instituciones federales e imperiales controladas por Ottawa y Londres emprendieron un proceso de asimilación lingüística y la adopción de un modo de vida diferente a las poblaciones francófonas integradas territorialmente a las provincias de mayoría angloparlante.

El posicionamiento geográfico de Québec, rodeado por las demás provincias monarquistas de Canadá y por los Estados Unidos condicionaron su importancia en relación a la unión e implicaron un constante descenso en el control de los acontecimientos nacionales y hasta regionales, tanto en términos de control territorial como en los relacionados con la natalidad y su importancia poblacional dentro de la inmensa confederación. Confinada progresivamente a un territorio más reducido, la población francocanadiense logró sobrevivir a los embates

propios de la conformación identitaria o nacional del nuevo país en formación. La mejor manera de evadir la asimilación y de resguardar la preservación cultural durante la ocupación inglesa, desde 1763 hasta 1850 fue fomentando la formación de familias grandes que les permitieron mantener una tasa poblacional francófona alta en relación a las demás colonias británicas anglófonas y el incremento poblacional producido por la inmigración.

La población francocanadiense continuó doblándose cada 25 años, llegando a convertirse en la población más fértil del mundo occidental durante el siglo XIX, tal y como lo corrobora Henripin en sus escritos, *“Durante los últimos doscientos años la población mundial se ha multiplicado por tres, la de Europa por cuatro, y la francocanadiense por ochenta, aún teniendo en cuenta la migración de 800.000 individuos al extranjero”* (Henripin, 1954, p. 3). La razón de tal incremento puede entenderse a partir de la comprensión del mundo campesino en Québec. La necesidad de engrosar las familias de nuevos individuos también era vital para desarrollar los trabajos de las granjas y para reemplazar en muchos casos los altos niveles de mortalidad infantil producidos por las epidemias. La cerrazón cultural de la comunidad francocanadiense se mantuvo a partir de la multiplicación constante de familias compuestas exclusivamente por matrimonios intraculturales y su continuo rechazo a conformar parejas mixtas.

La ruralización de la población es evidente a lo largo de las décadas del siglo XIX. Durante el dominio francés $\frac{3}{4}$ de la población vivía en las áreas rurales, el resto ocupaban las ciudades del valle del San Lorenzo. *“En 1790, tan solo a treinta años de la conquista inglesa, ya el 80% se concentraba en el campo, treinta y cinco años después, en 1825, un nuevo censo mostraba como se había incrementado hasta llegar al 88% y en 1871 aún se mantenía en el 80%”* (Léger, 1952, p. 260). La vida campesina caracterizaba las ocupaciones agrícolas como las predominantes y la unificación social en torno a las parroquias rurales servía como una fuerza encaminada a compactar una homogeneidad cultural mayor. El reforzamiento moral de la normatividad religiosa, así como la poca importancia a la estratificación y a la diferenciación interna cohesionaron este nacionalismo particular cargándolo de una esencialidad única.

Tal y como lo expone Rioux en su obra, *“Los canadienses franceses no serán una nación que algún día adquiera su propia independencia, pero un grupo étnico con su propia cultura especial, (religión, lenguaje y costumbres). Preservará su cultura como a una herencia sagrada”* (Rioux, p. 55). Sin arriesgarse a un enfrentamiento definitivo, la comunidad francocanadiense se conformó con un territorio y una legislación favorable para su supervivencia en el tiempo hasta lograr inclusive acceder a las instancias de poder federal e incluirse en el manejo de los destinos de la confederación.

Anclados en su defensiva y conservadora ideología culturalista, permanecieron dentro de sus nuevas fronteras fijas escogiendo una estrategia de cohesión frente a una de mestizaje o de expansión colonialista hacia los inmensos territorios despoblados del oeste. Permitiendo de esta manera la consolidación cultural

homogénea del Canadá anglosajón, renunciando a su construcción y tal vez abandonando a su suerte a las minorías francófonas blancas y mestizas que habitaban fuera de las fronteras territoriales de la provincia de Québec.

El nacionalismo francocanadiense siguió sin embargo consolidándose en Québec e inevitablemente llegarían momentos de tensión política entre los intereses de dicha provincia y el resto de la confederación canadiense y del imperio británico. Los sucesivos enfrentamientos militares de las guerrillas mestizas o *métis*, lideradas por Louis Riel contra el ejército de la unión durante las décadas de 1860 – 1880, habían terminado en la eliminación definitiva de la resistencia armada aliada (indígenas y mestizos), pero al mismo tiempo en el reconocimiento de derechos culturales a las minorías y en la creación de una nueva entidad político administrativa al oeste de Ontario (Manitoba), cuestión favorable a los ojos de Québec, ya que restringía los límites territoriales de su principal competidor, tanto en influencia política como en poder económico.

Nuevos enfrentamientos entre las autoridades de Québec y las de Ottawa y Londres se presentaron durante el período de 1899 – 1901, caracterizados por la guerra imperialista de Inglaterra y sus colonias contra la población Boer en Sudáfrica. El pueblo de Québec como símbolo de solidaridad, identificación y comprensión de lucha, se resistió a los reclutamientos y al apoyo económico de dicha empresa. Los mismos antagonismos sucedieron durante la Gran Guerra (1914 – 1918), cuando el gobierno de Québec rechazó las conscripciones y la participación militar del pueblo francocanadiense en la contienda mundial. Ontario se decidió a tomar medidas contra la indignación quebequés eliminando las escuelas francófonas amparadas en la separación cultural pactada para las minorías durante la creación confederacional. La reacción de Québec fue presentar propuestas a la Asamblea provincial para decidir la intención de acabar definitivamente con la vinculación de Québec a la unión, presionando a una solución favorable a sus reclamos.

La victoria del diario *Le Devoir* de Montreal y del partido nacionalista quebequés *l'Action Nationale*, en la contienda política contra Ottawa y Ontario implicó que la Confederación se comprometiese a la preservación garantizada de todos los derechos culturales de las minorías poblacionales, tanto indígenas como francófonas en todas las demás provincias canadienses. La respuesta se debió a los riesgos que sentía el imperio británico con relación a la supervivencia de su sistema colonial, debido a los rigores de la guerra y al paulatino debilitamiento económico que privilegiaba a las nuevas potencias industriales, principalmente a los Estados Unidos. Además, la nueva fortaleza de los movimientos independentistas en las colonias, tan cercanas como Irlanda y tan lejanas como la India generaba una paranoia propicia y un contexto ideal para las minorías culturales, en aras de obtener nuevos beneficios de la Corona y de sus representantes en Canadá.

Pese a los éxitos alcanzados por el pueblo quebequés en relación a la defensa y supervivencia de su cultura, las grandes ciudades como Montreal, Tríos Rivières y

Québec Ville, que mantuvieron una preponderancia francófona en su número de habitantes, debieron aceptar el predominio anglófono en todas las ramas de la economía, desde el comercio y la industria hasta en el sistema financiero. Sus habitantes se beneficiaron marginalmente del desarrollo industrial y comercial y su cultura fue constantemente amenazada por los grupos políticos dominantes, formando parte de un extenso grupo reservado para las naciones sin estado, sometidas o colonizadas históricamente por los imperios tradicionales.

Pese a que el territorio de Québec contaba con enormes recursos naturales representados en sus abundantes reservas forestales y minerales y un sistema hidrográfico diversificado y adaptado para la generación de energía a gran escala, era inevitable reconocer que las compañías extranjeras explotaban casi de manera monopolística estos recursos debido a la ausencia de capitales y de tecnología propia entre los francocanadienses. Este hecho explica como el colonialismo económico se fue desarrollando sin mayores obstáculos bajo una política de cooperación entre las inversiones anglocanadienses y estadounidenses con los gobiernos provinciales y federales, en manos de la *Union Nationale* y sus aliados conservadores y las personalidades liberales respectivamente. En total, el capital estadounidense controlaba para el año de 1971, “el 51.5% de las exportaciones netas de Québec, mientras las inversiones anglocanadienses el 44% y los francocanadienses tan solo el 4.4%” (Rioux, 1971, p. 92).

Durante los años de la primera posguerra se desarrollaron las principales industrias de Québec, principalmente producto de un masivo incremento en las inversiones provenientes de los Estados Unidos, este flujo financiero terminó por transformar el paisaje del valle del San Lorenzo a partir del crecimiento de antiguos pueblos en modernos complejos industriales, como Trois Rivières, Hull, Shawinigan, Grande Mere y Chicoutimi. Durante la época posterior a la crisis internacional del capitalismo de la década de 1930 y más fuertemente aún, después de la II Guerra Mundial, la explotación de la mano de obra francocanadiense y de los recursos forestales, minerales e hidráulicos de Québec se agudizó por los hombres de negocios anglocanadienses y estadounidenses que terminaron por convertir a la provincia en una colonia económica del extranjero. Esta penetración económica generó como reacción el inicio de las movilizaciones populares organizadas por los sindicatos de trabajadores.

Los motines de Sorel en 1937, que terminaron dejando varios muertos y heridos entre los huelguistas evidenciaban como Montreal se había convertido en un campo de batalla donde los obreros por vez primera se levantaron contra sus explotadores. Pierre Vallières en su libro, *Los negros blancos de América*, logra hacer un símil provocador al comparar a los antiguos esclavos negros del sur de los Estados Unidos con la esclavitud blanca de los francocanadienses en Canadá. Recomendando como única alternativa los mecanismos de acción o de hecho coordinados entre los sectores explotados contra las clases anglosajonas detentadoras del poder político y económico en ambos países. La acción política debió tener, según él, la disposición de recurrir al enfrentamiento militar convocando a las masas de los sobrepoblados barrios de Montreal y de las

nuevas villas obreras de Longueuil Annexe, quienes hubiesen podido ser organizados en formaciones sindicales de orientación comunista o anarquista, alejándolos del corporativismo de las encíclicas⁴ tal y como había sucedido en las fábricas de Angus.

La era de Maurice Duplessis como premier de la provincia desde 1944 hasta 1959, estuvo caracterizada por la cesión de ricos yacimientos de minerales en el norte de Québec a las compañías de explotación estadounidenses a cambio de una considerable ayuda financiera a su formidable máquina electoral, que le permitió permanecer por tres períodos consecutivos a cargo de la provincia. Las políticas económicas tendientes a vender por pedazos las riquezas naturales de Québec mantuvieron un rechazo continuo y una pronunciada resistencia. Los levantamientos en diferentes puntos de la geografía industrial de la provincia se hicieron frecuentes mientras se empleaban los más despiadados métodos de persecución política y de represión laboral, como durante los hechos del 5 de mayo de 1949⁵ (Rioux 1971, p. 68), cuando la policía provincial equipada con 25 carros y dos camiones viajó de Sherbrooke hasta Asbestos para obligar a los trabajadores a una negociación y a continuar con sus labores contratados por la empresa estadounidense John Manville Co. Ltd.

2. De la revolución colonial a la emancipación económica, (1960 – 1970).

Como se dijo anteriormente, la guerra independentista de Québec durante la década de 1960, se enmarcó dentro del contexto de una revolución mundial de naturaleza nacionalista y anticolonial en diversas regiones a lo largo y ancho del mundo contra los antiguos imperios coloniales europeos. La vía armada representada en las guerras de guerrillas y en el terrorismo urbano se convirtió en el mecanismo más efectivo implementado por los pueblos sometidos al colonialismo de alcanzar la libertad política frente a sus opresores. También es pertinente tener en cuenta que la década de los años de 1960 se caracterizó bajo los preceptos “*de una nueva era de apertura mental y de liberación individual en todo el mundo occidental*” (Hobsbawm, 1998, p. 332). Esta revolución en el pensamiento trajo consigo nuevas formas de desarrollo intelectual y una actitud crítica hacia el hombre y sus problemas conllevando a las legislaciones existentes a adoptar nuevos postulados en pos de la libertad de pensamiento, asociación, expresión y autodeterminación política.

⁴ El trabajo sindical de la Iglesia en Québec, como en muchos otros lugares del continente, buscaba impedir la militancia obrera en las ideologías propagadas por organizaciones radicales de espíritu revolucionario. Los trabajadores controlados por los preceptos eclesiásticos estaban organizados en torno al CSN – (Fédération Canadienne des employés de Services Publics).

⁵ 25 trabajadores fueron arrestados y trasladados a las instalaciones del Club Iroquois para ser interrogados. Varios métodos de interrogación fueron usados, como patadas, golpizas, puños y azotes contra las paredes. Hasta el Arzobispo de Montreal Joseph Charbonneau se solidarizó con los reclamos ante las autoridades provinciales y federales, esta implicación de costó meses después el puesto a partir de una destitución.

Las sucesivas victorias políticas y militares del mundo colonial sirvieron de ejemplo para los pueblos minoritarios dentro de las fronteras de los estados occidentales, quienes se apresuraron a utilizar tanto mecanismos de presión dentro de las vías legítimas propias del sistema como a decretar una guerra ideológica contra los poderes tradicionales, respaldada por la vía armada. Particularmente en Québec, el triunfo del partido liberal liderado por Jean Lesage en 1960 marcó el final de los gobiernos conservadores de la *Action Nationale* y un nuevo momento histórico que aprovecharon las fuerzas populares para organizarse en torno a nuevos partidos políticos de inspiración separatista o para trazar estrategias de sino militar que conllevaran a doblegar por medio de una guerra irregular a las autoridades coloniales de Canadá y del decadente sistema imperial británico.

Esta nueva época de apertura política y de afianzamiento del sentimiento nacional del pueblo francocanadiense en Québec es denominada popularmente como la era de la *Revolución Tranquila*. Por primera vez, la sociedad quebequés comenzó a percibirse a sí misma como una sociedad industrial del siglo XX, la conciencia social y nacional permitió la formación de nuevas alternativas políticas y el cambio en las mentalidades posibilitó generar una perspectiva futurista que implicó el advenimiento de una nueva *era dorada*, solo posible por medio de la superación de los dilemas del pasado, apostándole a los logros materializados por las otras sociedades industrializadas. Con el triunfo electoral de 1960, el Partido Liberal mantuvo una orientación vanguardista en el implemento de las políticas públicas. Tanto en el campo social como en el económico se garantizaron políticas de bienestar de larga permanencia en la provincia. Desde 1962 se hizo popular el lema publicitario, "*Los dueños de nuestra propia casa*", utilizado para atraer a los sectores nacionalistas indecisos en apoyar a los grupos radicales, fortalecidos desde la era de Duplessis.

Como se ha dicho, en esta década fue cuando el mayor número de grupos separatistas o nacionalistas de orientación popular, tanto defensores de las tesis socialistas como de los principios comunistas o anarquistas, formalizaron sus agendas y se organizaron en partidos y movimientos políticos. Todos ellos defendían como principal presupuesto la necesidad de luchar por la independencia de Québec, sin embargo, las líneas ideológicas y las propuestas acerca del tipo de sociedad a construir si se lograba la secesión definitiva variaba sustancialmente. Tal vez el movimiento político más importante que recibió desde el inicio el apoyo de algunos intelectuales y profesionales de las clases medias urbanas de la población se denominó, *Rassemblement pour l'Indépendance Nationale* (RIN). Esta fuerza política tuvo un papel importante en la diseminación de las ideas independentistas por las ciudades, pueblos y campos de Québec y se convirtió poco tiempo después de su aparición en la principal competencia para la *Action Nationale*.

Su alianza y posterior adhesión al Partido Liberal, lograda a través de una negociación efectuada por René Lévesque, a cambio de participación en el gobierno de la época ayudó a pactar su supervivencia política durante el gobierno de Trudeau y los hechos de violencia de los años por venir. Mientras el RIN se

moderó incluyéndose en uno de los partidos federales, un nuevo partido separatista respaldado por los intereses de las mayorías trabajadoras urbanas, conscientes de la importancia de emprender una lucha general y de larga duración se unificaron en torno al *Parti Québécois*. La vuelta al poder de la *Union Nationale* en 1966 generó una coyuntura ideal para la radicalización de las posiciones. La antigua oposición de Québec, aliada a los intereses del imperialismo británico emprendió una ofensiva agresiva contra cualquier voluntad popular que pusiese en riesgo la Confederación. Esta posición irrestricta en pro de la defensa de la unión tuvo su mayor fortaleza en la figura de Pierre Elliot Trudeau, que desde 1968 ocupó el cargo de Primer Ministro.

a) Los partidos federalistas y sus objetivos. La formación de una fuerza popular nacionalista y separatista.

El principal argumento utilizado por los partidos opositores a la idea secesionista, era que Québec como entidad política de Canadá, no era viable en términos económicos. Faltaría preguntarnos en vez, ¿Era Canadá viable sin Québec? Para responder este interrogante no solo hubiese sido indispensable hacer un análisis justo de los aspectos directamente relacionados con las cifras referentes a la capacidad económica de Québec, su grado de autonomía política, el balance de cuentas referentes a las exportaciones y a las importaciones o al manejo del presupuesto público provincial y federal, se debería haber incluido un estudio sobre la realidad geográfica de la Confederación de llegarse a producir una independencia definitiva de Québec en los años sesenta.

Su posición geoestratégica central entre las provincias marítimas y los grandes lagos, y entre la Bahía de Hudson y el Océano Atlántico eran una carta muy poderosa frente a una eventual desintegración. Su emancipación política hubiese podido generar una reacción en cadena que pudiera atomizar a Canadá volviéndolo inviable tanto económicamente como en términos de lealtades políticas, favoreciendo con el tiempo una expansión territorial de los Estados Unidos por medio de una anexión voluntaria de parte de las provincias integradas en la actual Confederación Canadiense. Además, el nacionalismo canadiense se había construido sobre la base de una herencia cultural común, suma de los pueblos diversos integrados en 1867, volviendo necesario el papel de Québec dentro de la unión como componente sin paralelo de esa multiculturalidad.

Estos fueron los debates centrales en los cuales se concentraron los partidos políticos en pugna, tanto en Ottawa como en Québec Ville. El colonialismo político lucía adornado de símbolos imperiales que revivían de manera constante la conquista y el sometimiento del pueblo quebequés, tal y como sucedía de la misma manera en Irlanda del Norte o en el País Vasco español. En Québec la imagen del teniente gobernador, representante de la Corona de Inglaterra, las fiestas nacionales, como la que conmemora el cumpleaños de la reina, o el Día de la Confederación recreaban los malestares de su historia. Además, el control exclusivo del dinero, del sistema bancario, del otorgamiento de créditos, de la defensa nacional, del control de las comunicaciones y de los transportes

interprovinciales, del código criminal y del otorgamiento de la ciudadanía por parte del control del gobierno federal, restringía el campo de acción autónoma que podría beneficiar a Québec sobre el conjunto de las demás provincias.

La celebración de la Exposición Universal en la ciudad de Montreal en el año 1967 sirvió como una ocasión única para mostrarle al mundo la realidad de los fenómenos culturales que dividían a Canadá en dos entidades separadas e incluso antagónicas una de la otra por los más profundos sentimientos. El discurso proclamado por el presidente francés Charles de Gaulle en el City Hall de la ciudad de Montreal incluyó la memorable frase tan vívidamente recordada por los quebequenses, *“Vive le Québec, vive le Québec libre”*, que le ocasionó graves conflictos con Ottawa y con Londres, y que sirvió como una antorcha para iluminar el camino de la independencia definitiva.

La elección de Pierre Elliott Trudeau como Primer Ministro de Canadá en junio de 1968, debe ser entendida como la respuesta de los partidarios de la confederación a los vientos separatistas provenientes de Québec. Trudeau simbolizaba el mestizaje étnico entre las culturas canadienses, el bilingüismo, la educación bajo una cosmovisión universalista y la alianza de las élites liberales de la provincia a la unión. Opuesto al patriotismo y al nacionalismo de Québec, Trudeau formuló un programa político funcionalista, continuista y defensor del régimen operante. Basado en sus argumentos sobre el equilibrio, sus cuentas y balances como manifestación de su practicidad racionalista, buscó privilegiar los intereses del estado entendido como un todo, que otorgar mayores niveles de incentivos a las provincias, tal y como lo expresa en sus escritos, *“A los cien años de la Confederación, Québec no debe abandonar la unión, aún si este régimen es inconveniente para sus intereses, pues destruiría el equilibrio existente en Canadá”* (Trudeau, 1968, p. 43).

El estado, comprendido por Trudeau como el regulador de la ley y el orden, del racionalismo y del equilibrio se mantiene independiente de las conjeturas conceptuales determinadas por la naturaleza, los vínculos familiares o las identidades comunitarias, cumpliendo su función como es la de garantizar el establecimiento y el mantenimiento de un tipo de sistema legal burgués en el que los individuos puedan realizarse plenamente. El funcionalismo garantiza el orden imperante influyendo ideológicamente a las clases medias en los mecanismos de defensa al imperialismo, presentándose como antípodas del marxismo y su lucha de clases como de los movimientos de liberación y sus tesis descolonizadoras.

El sacrificio de Québec les es indiferente, al mismo tiempo que lo son los problemas referentes a las divisiones poblacionales existentes entre clases sociales definidas por su papel en la división del trabajo o los reclamos de los grupos étnicos minoritarios y las nacionalidades oprimidas por mayores niveles de autonomía. Sin validar el hecho que Québec es una nación conformada previamente a los proyectos confederacionales y esencialmente antagónica en su naturaleza al resto de Canadá, Trudeau y sus electores liberales buscaron evitar cualquier avance en el movimiento independentista, oponiéndoseles directamente

mediante la represión, la persecución y aún decretando un estado de sitio por medio del Acta de Guerra (Goleen y Haggart 1979, p. 34) de 1970.

Los argumentos de los partidarios de la independencia reúnen diversos puntos que hacen referencia al grado de prejuicio que genera la Confederación a la provincia de Québec. Como primer punto, la existencia de las instituciones confederacionales, la concentración de las funciones o controles federales y la preponderancia e influencia de Ottawa y sus aliados en estas, son de por sí una amenaza continua para la cultura nacional quebequés y para la supervivencia de su lengua minoritaria Letamendia, 1999)⁶. Por otro lado, la posición de inferioridad que ocupaban los nativos francocanadienses en la escala laboral y salarial aún conservando una población del 85% dentro de los límites provinciales y el control de los angloparlantes canadienses y estadounidenses sobre la economía se presentaban como sólidas explicaciones para su malestar.

Además, si analizamos el decreciente poder relativo en términos territoriales y poblacionales a los cien años de la creación de la Confederación comprenderíamos aún más la desesperación del pueblo quebequés por llegar a una solución definitiva que le garantizase su preservación. *“De los 5/9 del territorio que representaba la provincia frente a la totalidad del conjunto canadiense en 1867 pasó a constituir solo 1/7 en 1967, en lo referente a la población, Québec sufrió un descenso vertiginoso, de ocupar en 1867 un privilegiado 40% del total, en 1967 pasó a representar tan solo el 27%”*(Rioux, 1971 p, 108).

El momento preciso para exponer los puntos de vista sobre la realidad social y cultural del pueblo francocanadiense a través de los nuevos partidos y movimientos políticos nacionalistas separatistas se presentó precisamente durante el gobierno liberal de Jean Lesage, (1960 – 1966), era denominada como *la Revolución Tranquila*. Durante estos años, el gobierno de la provincia permitió la libertad de expresión manifestada en la prensa, la radio y la televisión. El movimiento ciudadano redactor de la revista *Cité Libre*, se convirtió en la tribuna pública de la rebelión democrática que presionaba para la inclusión de las nuevas fuerzas políticas quebequenses en el sistema político y electoral de la provincia. Además, el *RIN* y su líder René Levesque habían adquirido un gran poder de votantes y se convirtió con el tiempo en el principal aliado del gobierno liberal, negociando participación burocrática y una transformación ideológica inclinada a la negociación y a la moderación. Al parecer, el camino de la política se empezaba a vislumbrar como la mejor de las posibilidades para evadir los radicalismos que amenazaban con irrumpir la paz ciudadana tras las primeras olas de atentados terroristas en Montreal y otras poblaciones de Québec.

⁶ Las demás poblaciones francófonas del resto de Canadá, han perdido terreno por medio de la asimilación cultural inglesa o anglisización. Para 1961 solo el 16% del total de los francófonos vivía fuera de las fronteras de Québec sobre todo en las fronteras territoriales con Ontario y en la provincia de New Brunswick, además de algunas minorías mestizas francófonas en Manitoba y Saskatchewan.

Pese a que las vías reformistas se imponían como mecanismo apropiado de lucha para garantizar y profundizar las libertades singulares de la autonomía de Québec ante la Confederación, tal y como lo demuestra la conformación de una Comisión Real para estudiar el fenómeno del culturalismo y la lengua francocanadiense, millares de obreros y de jóvenes estudiantes buscaban identificarse con doctrinas más radicales que los incentivarán a la revolución armada. En los primeros años de la *Revolución Tranquila*, todavía no existía una fuerza política unificada ni capaz de apoderarse de ese capital político que representara el sentir de las masas populares. La conformación del *Parti pour la Révolution Québécoise*, (antecedente del conocido *Parti Québécois*), “fundado por Pierre Vallières y Charles Gagnon en 1963” (Morf, 1970, p, 81), incluyó dentro de sus cláusulas y directrices no solo el objetivo independentista secesionista sino también un discurso socialista justificativo del separatismo revolucionario popular.

El vacío político existente en la provincia favorecía la canalización de los electores a favor de las posturas nacionalistas - izquierdistas. Los liberales y el *RIN* en el poder, no lograban representar las voluntades económicas ni separatistas de los sectores populares y la tradicional *Action Nationale*, aliada de los *tories* se concebía como una amenaza para la permanencia de la expresión política y de las garantías educativas y culturales ganadas durante el gobierno de Lesage y Levesque. Los demás partidos y movimientos regionales como el *Parti Pris*, vocero de los intereses de la pequeña burguesía, y el *Parti Socialiste* de Québec, representante de las ligas de obreros de inclinación trotskista eran débiles y con poca capacidad para convocar el apoyo de las masas. Mientras el *Parti Communiste* se inhabilitaba para la contienda al no gozar de un programa que incluyera la lucha independentista como uno de sus objetivos principales.

La llegada de Vallières a Québec en 1963, tras su viaje de un par de años por Francia y la Argelia revolucionaria serviría de plataforma para la conformación del partido representante del separatismo popular. Como filósofo y estudioso de las tesis marxistas Vallières formuló la necesidad de adoptar la forma de lucha de clases, que posibilitara una revolución que transformase la estructura y la superestructura de la sociedad existente. Convencido de un posible triunfo revolucionario e inspirado en las luchas independentistas a lo largo de todo el mundo colonial vio como recurso efectivo incorporar la teoría a la praxis. Vallières era conciente del cadáver embalsamado que representaba el socialismo real de la Unión Soviética para las nuevas fuerzas revolucionarias del mundo inspiradas tanto en la revolución china como en la cubana. Para Vallières, la URSS había optado por integrarse al círculo de las potencias occidentales al abrazar doctrinas de convivencia pacífica. La feroz oposición al maoísmo y la tímida cooperación brindada a los movimientos de liberación del Tercer Mundo eran muestra palpable de ese comportamiento de complicidad imperialista.

Mao y el comandante Guevara se habían convertido en los íconos de la revolución mundial durante la década de 1960, y la guerra de Viet – Nam en el fenómeno internacional de mayor relevancia junto con la guerra en el Congo, Angola y Guatemala. En Québec se organizaron como en muchos otros lugares del mundo

manifestaciones antiestadounidenses y declaraciones del público a favor de los propósitos del Vietcong y de las guerrillas nativas de las antiguas colonias. Los independentistas francocanadienses volcaron su apoyo al principio de autodeterminación de los pueblos incorporando la lucha de Québec como parte de la revolución social y nacional del mundo. De esta manera Vallieres inclinó la balanza hacia la opción militar como parte alternativa y una medida desesperada para presionar a las autoridades coloniales a negociar, optando por mantener una guerra cargada de atentados terroristas simbólicos y acompañados de movilizaciones sociales de gran impacto como huelgas obreras y manifestaciones estudiantiles.

Su guerra estaba concebida como un enfrentamiento general integrado por varios frentes de lucha. Tal y como lo plasman sus escritos, “(...), *la revolución no se hace sin guerra, sin violencia, el poder establecido querrá hasta el fin aplastarla a sangre*” (Vallieres, 1972 p, 254). Según sus palabras, era necesario que la violencia revolucionaria se propagase y se convirtiese en una estrategia concertada y organizada, originada por la conciencia del pueblo, de una clase social particular o de una colectividad nacional que ha decidido enfrentar, combatir y vencer la violencia del orden establecido que los aplasta. Según su lectura, estas amenazas permanecían constantes y generaban consternación debido al grado de concentración de poder económico, político y militar que representan los aliados del *establishment*. A lo que agrega, “*Los enemigos no solo se encuentran en el extranjero, también en el interior del país y de la provincia, las derechas políticas conspiran en respaldo del capital. Esa es la razón por la cual es necesario que la guerra se desarrolle bajo un patrón dirigido tanto a los ideales de liberación política como económica*” (Vallieres, 1972 p, 255).

b) La necesidad de un estado para el pueblo quebequés. Los límites del estado y los instrumentos para la defensa de la cultura.

Para los partidarios del federalismo durante los años sesenta, Québec era tan solo una provincia de diez, sin ser la única que contenía una población francocanadiense dentro de sus fronteras. De esta manera, Québec no podía ser el interlocutor válido para representar políticamente a toda la nación francocanadiense. Los separatistas diferían de estas concepciones alegando que en las otras nueve provincias las poblaciones francófonas estaban seriamente amenazadas por el proceso de anglización continuo que había terminado por debilitar paulatinamente los mecanismos de defensa cultural de los pueblos francocanadienses e indígenas. Además, Québec era la única provincia en donde los francófonos eran mayoría junto a la importante población de Nueva Brunswick donde representaban cerca del 40%. En las demás provincias las minorías francófonas habían desaparecido como en Terranova y la Columbia Británica, o habían decrecido en el uso de su lengua como eran los ejemplos de Ontario, Manitoba y Saskatchewan.

Desde 1867 el territorio de Québec tuvo un gobierno y una administración con limitados poderes constitucionales pero capaz de salvaguardar la mayor parte de lo que se ha denominado como cultura francocanadiense. Era así como Québec representaba por si misma la única entidad política pro francesa del Canadá y empezaba a acumular un creciente apoyo poblacional tanto para concentrar mayores poderes autónomos o hasta la total disposición de los poderes políticos brindados por una eventual independencia absoluta. Cada vez era más claro que el destino final del pueblo francocanadiense tendría que ser decidido por Québec y en cabeza de sus partidos nacionalistas independentistas de conformación popular representados en la Parti Québécois.

Tal y como lo expresó el periódico *La Presse*, en su edición del mes de junio de 1968, *“El actual gobierno de la Union Nationale, o cualquier gobierno liberal, nunca serán capaces de encarar la realidad de la situación lingüística, para reconocer que los quebequenses francófonos, están perdiendo terreno en términos poblacionales. (...), nuestros grandes partidos, como sus opositores y aliados en las políticas federales están atados a los intereses financieros que controlan nuestro dinero. Cuando el dinero habla, habla en inglés”*⁷.

La autonomía plena o la independencia de Québec dependía de su capacidad para unificar su sistema de escuelas públicas en torno a la instrucción obligatoria en la lengua francesa, que incluyera campañas educativas para los nuevos inmigrantes y en el establecimiento de una rápida y coherente política migratoria independiente a aquella promovida por las instituciones federales. La inclusión del Canadá francés a la asociación cultural de la francofonía fue una estrategia efectiva, pues le permitió contar con aliados culturales en el exterior, organizar programas de intercambio estudiantil y eventos de gran relevancia internacional permitiéndole a Montreal ocupar el puesto de la segunda ciudad francófona del mundo y el mayor centro de difusión de la cultura y de la lengua francesa en el continente americano.

La división étnica y cultural de Canadá como conjunto político administrativo impedía, en ese entonces la consolidación de una nación única con el resto de Canadá, y generaba una constante situación de choque entre proyectos y objetivos identitarios. Para muchos, el nacionalismo quebequés era comparable con el fenómeno del *hippismo* entendido como una revuelta contra el materialismo de la sociedad angloprotestante. Para el federalismo, los francófonos debían esperar adoptar la ideología y los valores de las mayorías angloparlantes que con el tiempo se impondrían en todo el país. Sin embargo, estas posturas eran demasiado simples y superficiales, pues Canadá parecía ser más débil culturalmente que Québec. Según Rioux, Canadá era *“tan solo un agrupamiento de territorios norteamericanos que se mantenían unidos debido a una vaga nostalgia por la Corona de Inglaterra, por un gobierno que mantenía la vía férrea y una aerolínea para promover el intercambio entre ellos, y por la televisión y la*

⁷ Parte de un artículo del periódico mensual *La Presse*, (junio de 1968).

radio inundadas de programas y comerciales de empresas canadienses subsidiarias de las estadounidenses” (Rioux, 1971 p. 122).

Partiendo de estas premisas era incomprensible esperar que el grueso del pueblo de Québec siguiera las invitaciones hechas por Trudeau desde 1966, incitando al pueblo quebequés a la fundación de una nueva nación con el resto de Canadá. Pues Québec ya era una nación en sí misma. ¿Será entonces que se esperaba que los francocanadienses renunciaran a su nacionalidad espiritual y ancestral para conformarse en construir una sintética, producto de la razón y no de la naturaleza, en condiciones de minoría asimilable? Al parecer solo había una solución para Québec, seguir luchando por la preservación de su cultura y por lograr sus objetivos emancipadores. Todos los partidos de Québec, incluidos los liberales y la *Union Nationale* habían considerado una revisión constitucional, pese a que los medios de comunicación se mostraran a favor de la Confederación infundiendo una atmósfera de pánico para prevenir que el pueblo de Québec decidiera su futuro.

La base argumentativa de los federalistas en pro de la Confederación y su contraparte nacionalista separatista quebequense se distanciaron en la medida que los primeros consideraban el futuro a partir de un balance de tipo economicista, sin darle validez a las consideraciones de tipo histórico, cultural e ideológico. Los segundos no se sentían atraídos ni afectados en sus cimientos por el fenómeno sociocultural que acompañó a la urbanización de las sociedades occidentales, ni por los valores del individualismo, la impersonalidad, la secularización y la atomización familiar propios de los angloprotestantes. Por otro lado, la sociedad quebequense era en esencia mucho más compleja que el resto de Canadá, pues era el lugar donde habían aparecido los grandes fenómenos sociales de la modernidad: la descolonización, el subdesarrollo y la confrontación armada. El nacionalismo moderno, conciente de los problemas sociales había permitido que la lucha étnica incluyera dentro de sus bases a la lucha de clases, ganando apoyo en los grandes y diversos conglomerados poblacionales de acuerdo con los propósitos secesionistas desde los comités de ciudadanos, sindicatos, grupos de estudiantes de las universidades públicas en Montreal y Québec Ville, hasta a los artistas e intelectuales, campesinos y organismos no gubernamentales.

c) Un programa económico alternativo para Québec. La vía de las armas y la vía de las urnas.

Vallieres en su obra *Los blancos negros de América*, escrita en el Centro Penitenciario de Nueva York durante los años 1966 – 1968 hace alusión directa a un nuevo programa económico para Québec de llegarse a lograr la emancipación definitiva. Según su análisis de la realidad “(...), *aquella economía fundada sobre la libre empresa, acumulación de capital, propiedad privada de los medios de producción, “el equilibrio de poderes”, sistema de precios los salarios y los beneficios, las corporaciones multinacionales de los países industrializados han*

sido engendradas por la violencia institucionalizada gracias al empleo, por la burguesía, de los medios no económicos, (ejército, policía, represión, guerras coloniales)” (Villieres, 1972, p. 228). A lo que agrega, “(...), al hombre de aquí, al quebequense, como a los otros donde la dependencia de las infraestructuras y superestructuras del capital, es el resultado de un largo proceso de violencia organizada que no cesará sino por la violencia organizada de los explotados, de los negros blancos de Québec como de los negros blancos del mundo entero” (Villieres, 1972, p. 231).

Es claro que estos postulados socioeconómicos inclinados a respaldar el sentido radical de la revolución, irían a estar de acuerdo tanto con el derrocamiento del capitalismo como en su reemplazo por la edificación de estructuras sociales igualitarias. Para tal objetivo, solo podía contar con el apoyo de la amplia base obrera y sobre algunos sectores específicos del resto de la sociedad, pues la clase dirigente francocanadiense estaba incapacitada para oponerse al capitalismo y al imperialismo sobre los cuales se asentaban sus privilegios y sus instituciones.

El proyecto económico en teoría consistía en la expropiación del capital extranjero, la nacionalización de los recursos naturales, de los bancos y de las demás empresas que perteneciesen al capital extranjero. Además, se hacía necesario la transformación social que diera como resultado la desaparición de las clases “parasitarias”, vinculadas al imperialismo. Tal y como lo expresa Vallieres, “(...), *El individualismo nos sujeta al poder económico, político e ideológico, el individuo enajena a cada uno de nosotros y hace a la burguesía invulnerable. En la medida en que lleguemos a ser solidarios los más de nosotros, nos liberaremos de nuestras múltiples alienaciones y llegaremos a ser más personas, independientes de los tiburones de las finanzas*” (Villieres, 1972, p. 254). En el fondo el lema y el objetivo se resumían en dos palabras, independencia y poder económico. Precisamente estos preceptos eran los antagónicos para un gran número de intereses tanto en Canadá como en la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Las alarmas produjeron consternación en medio de la paranoia propia de la Guerra Fría.

El camino de las armas en Québec obedeció a una respuesta radical de algunos ciudadanos, sobre todo jóvenes universitarios y algunos inmigrantes europeos, quienes con el fin romántico de hacer público ante los ojos del mundo los problemas nacionales sin resolver en Canadá y atemorizar a los gobiernos británico, federal y provincial pretendían forzar a una negociación favorable para Québec y su independencia. La mayor parte de los actos terroristas realizados por el grupo denominado *Réseau de Résistance*⁸ durante la primera ola de violencia en la primavera de 1963 consistieron en efectuar robos a los depósitos de armas del ejército canadiense en Québec, la colocación y posterior estallido de artefactos explosivos en emisoras de lengua inglesa⁹ (Morf, 1970, p.2) y en la explosión de detonantes de dinamita en lugares simbólicos representantes de la Corona y la

⁸ Recogiendo el nombre dado por las guerrillas de liberación francesas y belgas en la II Guerra Mundial.

⁹ Las bombas fueron depositadas en la repetidora de CBC TV en Mount Royal y en la antena de radio CKGM.

Confederación¹⁰ (Morf, 1970, p.4). También se realizaron algunos atentados a sedes de empresas capitalistas¹¹ quienes según ellos, atentaban contra el pueblo quebequés sometiéndolos a la explotación económica.

Las fechas simbólicas como el natalicio de la Reina Victoria (24 de mayo), o el Día de la Confederación Canadiense (1 de julio), eran aprovechadas por los grupos de insurgentes para atacar contra la paz pública y captar la atención del pueblo invitándolos a la presión política. Con el objetivo de impedir una celebración pacífica en Québec, el 24 de mayo de 1963 se planeó un plan que consistía en volar el puente sobre el río Ottawa que une a la capital y la provincia de Ontario con la población de Hull en Québec. Este no llegó nunca a desarrollarse pero el elemento del pánico se hizo evidente con respecto a esa posibilidad. Este primer grupo *Réseau de Résistance*, estaba conformado por ocho jóvenes individuos liderados por George Schoeters, de origen belga y por Raymond Villeneuve y Gabriel Hudon. Los dos primeros habían experimentado vivencias políticas trascendentales en Argelia, Irlanda y Cuba, que influenciaron sobre las acciones militares terroristas y su justificación autodeterminista. El tercero se caracterizó por ser excelente en la manipulación y detonación de explosivos. Este grupo fue fácilmente capturado y procesado a cumplir penas en prisión como criminales sin ningún tipo de estatus político, pese a su orientación nacionalista y a su ideología marxista.

La segunda ola de violencia se presentó desde septiembre de 1963 y abril de 1964, esta vez el grupo se denominó *Armée pour la libération de Québec*, (ALQ), los primeros hechos realizados por este grupo consistieron en robos a las armerías del ejército en Montreal por un saldo de 20.000 dólares y otra en el 62avo Regimiento de la Artillería Real de Canadá en Shiwigan por el orden de la misma cantidad. Los implicados fueron en su totalidad jóvenes de entre 19 y 23 años y fueron capturados sin mayores dificultades, procesados y en disposición para cumplir varios años en los centros penitenciarios. En agosto de 1964 otro grupo organizado esta vez bajo el liderazgo de Francois Schirm, veterano húngaro de la Legión Extranjera de Francia en Argelia e Indochina, construyeron un campo de entrenamiento en Saint Boniface, al norte de Montreal y organizaron robos en la empresa *International Firearms*, nuevamente los efectivos del ejército canadiense lograron detenerlos y sentenciarlos a penas poco correspondientes a sus crímenes.

Al año siguiente, entre febrero y agosto de 1965, algunos atentados fueron perpetrados por grupos de individuos sin mayor nivel de organización contra objetivos que involucraron nuevamente a la línea ferroviaria y a algunos intereses económicos norteamericanos así como a algunos de símbolos tanto en Canadá como en el mismo Nueva York. En respuesta al mensaje del Primer Ministro

¹⁰ Tales como la vía férrea de la *Canadian National Railways*, controlada y administrada por Ottawa, la plaza de *Dominion Square* (donde se erige la estatua de John A. Macdonald) y la sede de la Legión Canadiense, quien había participado en las guerras del Congo y de Argelia.

¹¹ Las minas Solbec – apoyando una huelga de obreros.

Lesage en que pronunciaba las siguientes palabras, “*Voy a poner fin al terrorismo y al separatismo en Québec*” (Morf, 1970 p, 73), los grupos violentos detonaron cargas de dinamita contra dos trenes provenientes de las provincias vecinas de Nueva Brunswick y de Ontario exactamente en las localidades de Saint Madeleine y Bordeaux simbolizando respectivamente las fronteras de Québec.

El rechazo a las políticas estadounidenses en Viet-Nam fueron suficiente justificativo para lanzar ofensivas demostraciones antiimperialistas en la ciudad de Québec. El caso más increíble fue el de Michéle Duclos, una mujer de 38 años que fue capturada en Nueva York transportando una carga de dinamita para supuestamente volar la estatua de la libertad y atraer la atención de los negros estadounidenses¹² (Villieres, 1972, p.319), se pretendía con esto abrir un frente de lucha más amplio, que involucrara a las minorías explotadas en los Estados Unidos.

Durante los meses posteriores se realizaron robos de dinamita en Varennes, siendo utilizada para destruir la estación de radio británica CKTS en Sherbrooke, Québec, y contra la fábrica de zapatos *Lagrenade*. También se efectuó un robo a las oficinas del *New Democratic Party*. La impresora obtenida fue dedicada a la publicación de *La Cognée*, nueva revista del separatismo radical difundida entre los habitantes de Montreal. El 18 de mayo de 1966, el atentado más significativo del año y tal vez de la década sucedió con la explosión de una carga de dinamita en las oficinas del Parlamento Canadiense en Ottawa. Y el 1 de julio, Día de Canadá una bomba explotó en el City Hall de Montreal. Esta ola de atentados terminaría con la captura de todos los cuadros militares del FLQ implicados en los hechos. Los líderes Gagnon y Vallieres cruzaron la frontera con los Estados Unidos y tras entrevistarse en dicha ciudad con diversos medios de comunicación fueron detenidos a las puertas del edificio de la Organización de las Naciones Unidas, donde según ellos encontrarían apoyo para su causa.

Todos los atentados mencionados hasta este momento fueron efectuados durante el gobierno liberal de Lesage y fueron una de las causas por las que el liberalismo y sus propósitos reformistas en Québec se debitaran, definiendo el triunfo de la *Union Nationale* en 1966, como un mecanismo para frenar la erupción social y mantener el orden dentro de la provincia. La *Revolución Tranquila* había llegado al final y una nueva era en la política canadiense estaba por arribar, la era Trudeau que cambiaría para siempre el rostro pálido de Ottawa, que se resignaba a comportarse demasiado tímida ante los embates separatistas, aún contando con su excelente y bien preparada inteligencia militar.

¹² Las agrupaciones radicales como *Black Power*, de los *Black Panthers*, mantuvieron estrechos vínculos de correspondencia con el liderazgo separatista de Québec.

3. Québec después de “*la revolución tranquila*”. La democracia como llave hacia la libertad.

La última de las olas de violencia que azotó a Québec desde junio de 1968 y noviembre de 1970 se dio bajo un nuevo tablero político y terminó con la ocupación militar de la provincia por el ejército canadiense y las medidas de suspensión de las libertades civiles así como la proclamación abierta de un estado de guerra, con las “*War Measures Act*” (Golden y Haggart, 1979, p, 17) de Trudeau. El proyecto de ley, *Bill 63*, que invocaba la obligatoriedad del francés en los colegios de Québec, inclusive para los inmigrantes y las minorías anglófonas, a simple vista buscaba favorecer los intereses nacionales de los francocanadienses, sin embargo, la enmienda posterior buscaba alterar los logros dejando al libre albedrío la elección lingüística por parte de cada individuo o familia. Las protestas volvieron a tomarse las calles en reacción al proyecto de ley, formándose dos grupos de militantes, los primeros organizados en torno al movimiento *Front du Québec Français*, representaban a la Confederación de Sindicatos Nacionales, la Sociedad de Saint Baptiste y la Asociación de Profesores de Québec, CEQ¹³. Los segundos, más radicales que los primeros se incluyeron en una fuerza política conocida como el *Front de Libération Populaire*, contando con el apoyo de la Liga Socialista Obrera.

Los actos de violencia se reanudaron el 13 febrero de 1968 con el atentado perpetrado a la Bolsa de Montreal, el cual dejó 13 heridos y millonarias pérdidas materiales. Este hecho aislado y simbólico es una muestra de cómo la administración de *l'Union Nationale* tampoco pudo por sus propias capacidades políticas impedir que se siguieran presentando nuevas explosiones terroristas en Québec. La razón por la cual no se presentaron hechos de este tipo en 1967 parece explicarlo la realización de la Exposición Universal de Montreal. Ese año fue el único en el cual no se presentaron actos de violencia y en donde las movilizaciones sociales bajaron su intensidad. Québec quería mostrarse como una sociedad civilizada ante el mundo, había sido tan solo una tregua que no duraría.

Durante el año de 1969 sucedió una prolongada huelga de la policía de Montreal que ayudó a que se generaran las condiciones propicias para que se presentaran saqueos a los negocios y a los bancos en medio de un clima de hostilidad en las calles. Además, la muerte del Primer Ministro de la provincia Daniel Johnson creaba un vacío de poder político que trató de ser resuelto por su sucesor Jaques Bertrand, quien disolvió el parlamento y convocó a nuevas elecciones. Las cuales marcarían un triunfo liberal en la provincia apoyado por los liberales de la Confederación, personalmente por Trudeau. Estas elecciones fueron las primeras en las que participó el *Parti Québécois*, que contaba con el 8% de los votantes en las anteriores elecciones de 1966, representados en quienes habían seguido las posturas del *RIN* aliado con la *Ralliement Nationale*.

¹³ *Corporation des Enseignants du Québec.*

En las elecciones del 29 de abril de 1969, el PQ incluía dentro de sus proyectos una reforma social y económica que posibilitara el reconocimiento de la independencia política, reemplazando los lazos históricos con el resto de Canadá mediante la conformación de un mercado común. Además, buscaba incorporar a los inmigrantes con la dialéctica del discurso de la explotación.

La reacción de Trudeau fue la de buscar debilitar la votación del PQ invitando al Partido del Crédito Social a participar en las elecciones de Québec. Los resultados fueron desfavorables para las intenciones del PQ, el cual obtuvo el 24% de los votos y tan solo 7 sillal, frente al Partido Liberal que consiguió la victoria con el 44% de los lotos y 72 sillal en el parlamento. Los demás partidos, como *l'Union Nationale* y el PCS se conformaron con el 20% y el 11%, representado respectivamente en 18 y 12 sillal¹⁴. De esta manera el nuevo Primer Ministro de Québec, el liberal Robert Bourassa, tendría que gobernar a la provincia durante los más relevantes momentos de su historia, los meses de la declaración de guerra directa.

En seis años se habían presentado cerca de 200 atentados terroristas en Montreal y otras poblaciones de Québec que habían dejado algunas personas muertas y múltiples daños materiales. Las inversiones de capital en la provincia decrecieron a partir de la paranoia y la especulación producto de las amenazas a una eventual apertura de hostilidades. El clima social y la inestabilidad en el ambiente no generaban un buen augurio para el capital y el centro financiero de Canadá que hasta ese entonces era representado por Montreal, se desplazó hacia Toronto. El desempleo creció al igual que los niveles de vida decrecieron y la provincia tuvo que sortear algunos de sus problemas en soledad, sin mucha ayuda de parte de la Confederación. Este aislamiento de Québec era lógico, las demás provincias y las instituciones federales sentían desconfianza, no frente al gobierno de Bourassa pero sí en relación a la militancia popular radicalizada, tanto por los caminos de la política como por el de las armas a favor de la independencia.

Los secuestros de Jasper Cross, representante local del imperialismo británico, y de Pierre Laporte¹⁵, directo asesor y funcionario del gabinete de Bourassa fueron decisivos en el reinicio de la violencia política en Québec. A cambio de las personalidades el FLQ pedía el cumplimiento de siete demandas, la primera consistía en terminar la investigación policiaca que se estaba desarrollando en Montreal, que "*arrojaba la suma de 1001 requisas de viviendas y 66 arrestos*" (Golden – Haggart, p, 58). La segunda demanda pedía una cobertura amplia sobre las condiciones políticas de la nación francocanadiense de Québec y un despliegue publicitario para el FLQ en los medios provinciales y federales. Las siguientes medidas consistían en la liberación de 23 prisioneros políticos presos o en proceso, otorgarles un carácter político y transportarlos a Argelia o a Cuba,

¹⁴ La poca relación existente entre los votos y las sillal obedece a los caprichos propios respectivos a los distritos electorales y a la favorabilidad del voto rural frente al urbano, una forma de control poblacional propio de los mecanismos democráticos británicos.

¹⁵ Los secuestros fueron realizados el 5 y 7 de octubre respectivamente.

forzar al gobierno a devolver sus trabajos a los chóferes de correos de Montreal, 500.000 dólares en barras de oro y exponer públicamente las identidades de quienes habían soplado los nombres de los insurgentes procesados.

Cross fue mantenido durante dos meses en una casa de los suburbios de Montreal. Algunas de las peticiones fueron concedidas, sobre todo la referente a la publicidad de la causa independentista en los medios de comunicación¹⁶ y tal vez algunos avances en la liberación de algunos prisioneros y el pago de los tiquetes de avión al exterior pagados con el dinero que cubriría sus gastos de alojamiento en los centros penitenciarios. Sin embargo, las requisas continuaron y las capturas de militantes del FLQ y de algunos de los miembros del PQ crecieron en número. La radicalización de la reacción ciudadana contra las requisas emprendidas por los gobiernos trajo como resultado un clima de guerra en las calles.

Las huelgas y manifestaciones de los sindicatos con el apoyo de los comités de ciudadanos y de las asociaciones estudiantiles, se declararon en huelga apoyados por los bomberos y los taxistas el 9 de octubre. La situación se convertía en una de carácter prerrevolucionario. La insurrección general hubiese podido servir para que los elementos radicalizados y organizados ocuparan las industrias, los centros universitarios, los servicios públicos, las edificaciones institucionales y los lugares estratégicos de conexión con las demás provincias como carreteras, vías férreas, aeropuertos y puentes. Por lo menos ese era el temor que circulaba por los pasillos del Primer Ministro Trudeau y en el Parlamento de Ottawa. Las medidas que se tomarían serían de carácter histórico, por lo menos desde la coyuntura nacionalista francocanadiense durante el año de 1917 no se presentaba una situación semejante¹⁷.

La paranoia era alimentada constantemente por los medios de comunicación de Ontario y la presión política de los Estados Unidos y del Reino Unido, en medio del clima de la Guerra Fría. El macartismo todavía estaba vivo, las vías reformistas habían entrado en crisis tras la *Revolución Tranquila* de la era Lesage y era necesario para el establecimiento ejercer mecanismos fuertes para derrotar los avances de la insurgencia y las amenazas por parte de esta a través del secuestro y el terrorismo. Sin embargo, como siempre sucede en estos casos en los que el estado muestra su poder desmedido, suceden arbitrariedades como parte de la lucha entre las partes y los objetivos que justificaron el accionar se difuminaron para darle paso a la represión política a todo nivel. El temor inmediato lo representaban los grupos violentos, pero estos eran tan solo unas pequeñas minorías con respecto a los verdaderos números y a la verdadera dirigencia mental del nacionalismo popular.

Es importante acotar que las requisas y detenciones masivas realizadas por la policía y el ejército canadiense en las calles de Montreal y en otras ciudades de

¹⁶ Especialmente en Canadian Broadcasting Corporation.

¹⁷ ,Esta crisis se había provocado en relación a la conscripción de jóvenes a las filas del ejército imperial tanto para defender al Reino Unido y sus intereses como a Francia en el frente occidental.

Québec durante la semana siguiente al 24 de octubre dejaron como resultado 400 detenidos sin justa causa y sin imputarles ningún crimen. Muchos de ellos representaban a la intelectualidad de la provincia, sospechosos de apoyar de manera clandestina a las guerrillas y de mantener una coordinación con los militantes armados. En realidad el gobierno estaba aprovechando la coyuntura de los acontecimientos para derrotar políticamente a los separatistas, convirtiéndolos en cómplices de la vía armada con el fin de ilegalizarlos. Prácticamente todos los líderes del Parti Québécois fueron hechos prisioneros mientras se confundía al público canadiense sobre la veracidad de los acontecimientos. La confusión interpretativa que quería generar el gobierno Trudeau era la de implicar a los separatistas con los terroristas, sin embargo, no fue posible procesarlos por falta de pruebas.

Estas medidas inspiradas por la declaración de guerra de Ottawa a los grupos separatistas violentos se justificó por tres razones, la primera consistía en que las autoridades de la provincia de Québec y la ciudad de Montreal definieron la ciudad como si se tratase de una insurrección general acudiendo a las instancias federales para resolver la situación interna, la segunda fue la importancia que le daba Canadá a las personalidades secuestradas y la tercera, la angustia de las autoridades con respecto a la posibilidad de que el FLQ usase las supuestas toneladas que acumulaba de explosivos contra bienes públicos e intereses de las multinacionales y los estados aliados.

Mientras más presión recibieron los militantes políticos separatistas más apoyo sumaron de la población. Esta nunca se había identificado con las medidas de fuerza implementados por los jóvenes radicalizados, pero estaban totalmente en contra de las medidas implementadas de parte del gobierno federal en lo que respecta a la violación de los derechos ciudadanos, a los abusos de autoridad demostrados por la policía y el ejército canadienses, a la violación de las convenciones jurídicas del justo proceso y a la intervención de Ottawa sobre la administración y el territorio quebequés. Estos fueron pasajes históricos que nunca olvidarán los habitantes de Montreal, tampoco el hecho que el gobierno Trudeau incriminase a los líderes del separatismo civil no armado en actos delictivos con el fin de destruirlos políticamente. El respaldo de las mayorías poblacionales de Québec a la causa independentista por vía democrática apenas comenzaba su era dorada. La violencia se había agotado como recurso, las relaciones de poder quedaban demostradas, con esto los quebequés pudieron saber hasta donde sería capaz Ottawa de permitir un proyecto secesionista real y serio.

El *Parti Québécois*, se había convertido en la principal fuerza política independentista de la provincia y en el vocero popular de los sentimientos despertados entre la población francocanadiense tras terror de los días de octubre. La implementación del recurso de la guerra por Ottawa fue en sí mismo un abuso pactado complacientemente por Bourassa y la administración provincial. El *FLQ* no existió jamás como tal, lo que sí existieron fueron generaciones de grupos de individuos jóvenes que tomaron las armas por su cuenta tratando de emular a los demás procesos de independencia armada del mundo colonial.

Nunca hubo una verdadera amenaza, pues al parecer el supuesto *FLQ* no contaba con una jerarquía organizativa, ni con un apoyo popular amplio que le permitiera gozar de una base social suficiente para ser movilizadada hacia una revolución total.

Bibliografía

BLANCHARD, Raoul (1960). *Le Canada français: province de Québec, étude géographique*, Librairie Arthème Fayard, París.

BROWN, Craig (1990). *Histoire Générale du Canada*, Éditions du Boréal, Québec Ville,

BRUNET, Michel (1953). *Premieres reactions des vaincus de 1760 devant leurs vainqueurs. Revue d'histoire de l'Amérique française*, Montreal, Institut d'histoire de l'Amérique française, Vol. VI, N° 4.

D'ALLEMANGE, André (1966). *Le colonialisme au Québec*. Montréal, Les Editions R & B.

DUBUC, Alfred (1953) *Les classes sociales au Canada de 1760 a 1840*. Montreal, Université de Montreal.

DRIEGER, Leo (1978). *The canadian ethnic mosaic: a quest for identity*, McClelland and Stewart Publishers, Toronto.

FOHLEN, Claude (1967). *La América anglosajona de 1815 hasta nuestros días*, Labor, Barcelona.

GILLOUIN, René (1946). *Aristarchie*. Ginebra, Editions du Cheval ailé.

GOLDEN, Aubrey y HAGGART, Ron (1979). *Rumours of war*, James Lorimer and Company Publishers, Toronto.

HENRIPIN, Jacques (1954). *La Population Canadienne au début du XVIIIe siècle*. París, Presses Universitaires de France.

HOBSBAWM, Eric (1998). *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires, Editorial Crítica.

LÉGER, Jean – Marc (1952). *Le Canadá français a la recherche de son avenir*. Montreal, Esprit, August – September.

LETAMENDÍA, Francisco (2000). *Juego de Espejos, conflictos nacionales centro – periferia*, Editorial Trotta, Madrid.

MORF, Gustave (1970). *Terror in Québec, case studies of FLQ*, Clarke, Irwin and Company, Toronto/Vancouver,

OUETTE, Fernand (1966). *Histoire économique et sociale du Québec: 1760 – 1850*. Montreal, FIDES.

RIOUX, Marcel (1971). *Quebec in question*, James Lewis and Samuel, Toronto.

TRUDEAU, Pierre Elliott (1968). *Federalism and the french Canadians*. Toronto, Macmillan Publishers.

VALLIERES, Pierre (1972). *Negros blancos de América*, Siglo XXI, México

WADE, Mason, *The french Canadians: 1760 – 1967*. Toronto, Macmillan of Canada, 1968, Vol I.

Tesis. GARCÍA Ramírez, Fanny (1995). *La revolución tranquila de Québec: causas y consecuencias de su movimiento separatista – nacionalista*, Tesis de Comunicación Social – UCAB, Caracas.